catalán—es propio de los países que aun no se emancipan. Ignacio Ramírez, «El Nigromante», gritaba todavía, encarándose con Castelar: «¡Desespañolicémonos!»; y Castelar tenía la cortesía de declararse vencido. Aquellos hombres eran súbditos rebeldes de España, pero al fin súbditos.

A ellos siguió la generación postromántica de los años de ochenta: Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, Casal, Silva... Estos ya no dependían espiritualmente de España, pero la ignoraban. Por caminos personales, Rubén Darío—el único que sobrevivió de aquel grupo de náufragos—llegó a conocerla y amarla, realizando así, dentro de sí mismo, lo que había de constituir, ya que no el ideal, al menos una de las características de la nueva generación: la que ha sucedido a Rubén Darío y ya no le imita. Un siglo ha tardado, más o menos, este nacimiento espiritual. Ahora podemos ser francos hispanistas sin necesidad de ser españoles,

A. R.

(La Unión Hispanoamericana. Madrid, enero de 1919).

Glosas sobre tres textos del poeta Samain

I

EL SILENCIO

(Sur le lac enchanté du Silence...!)

El silencio tiene un precio infinito. Las manos invisibles de los espíritus familiares tejen los hilos de oro del silencio al rededor de nosotros, mientras que las palabras son propiedad nuestra y nada tienen de misterioso, ni de sutil. Las palabras son turbadoras, indiscretas, rompen la armonía del momento y a veces son causa de decisiones irreparables. El silencio es religioso y lleno de misterio, añade a la belleza de las cosas no sé qué suave encanto, qué grave y solemne poesía. En la tranquila hermosura de una noche estrellada, lo que hacemos es callar; ante un paisaje maravilloso o cualquier otro espectáculo de la naturaleza, superior en belleza a todo lo que los hombres han imaginado, nos recogemos en la mansión del silencio y solamente los espíritus mediocres y vulgares turbarán la serenidad del momento con sus palabras huecas y sonoras, sus exclamaciones excesivas.

Las horas supremas de la vida siempre se han deslizado en el silencio. A una apasionada declaración de amor, a la comunión inefable de dos almas sigue el recogimiento más profundo. Cuando sufrimos, queremos silencio y el ruido vano de las palabras nos hace olvidar nuestra pena. En nuestras relaciones con la divinidad tiene más precio el silencio que la palabra: enseñan los teólogos que la oración mental es más excelente que la vocal. Para orar mejor, buscamos el templo más recogido y silencioso; y el murmullo ensordecedor de las palabras será obstáculo a nuestra plegaria...

El silencio produce acercamientos inefables entre las almas, que cuando llegan a un punto culminante e intenso del sentimiento no necesitan ya de palabras. En silencio puede comprenderse y amarse... El silencio produce emociones exquisitas y sutiles que las palabras no pueden engendrar.

Samain, el maravilloso poeta, pide a la amada, en una de sus poesías admirables, que no hable para no turbar el encantamiento inefable del lago del Silencio.

El silencio es majestuoso, sereno, augusto. Reina en los templos y en los claustros, sobre la inmensidad de los campos y en la doliente tristeza de los hospitales. Porque el silencio es hermano de la piedad y de la compasión y sus alas blancas se posan suavemente sobre la frente de los enfermos y su presencia se hace sentir en la cabecera de los moribundos.

El silencio es hermano del misterio, de la noche, de la sombra; proteje al amor brindándole emociones misteriosas y un encanto inefable. Sin hablarse, sin el vano simulacro de las palabras mentirosas y falaces, las almas pueden unirse más seguras con la complicidad del silencio misterioso y sutil, religioso y augusto...

II

LOS RECUERDOS

(Ton souvenir est comme un livre bien-aimé...)

Cuando los poetas han hablado del recuerdo, han tenido siempre frases maravillosas, porque esto es algo tan exquisito y delicado, tan íntimo y sugestivo, que ha inspirado estrofas inmortales: ejemplo, el «Souvenir» de Muset. Y el «Lac», trozo no menos bello, también es inspirado por el recuerdo de un amor feliz.

Los recuerdos son la poesía del alma, la inmortalidad del corazón, la fragancia del espíritu. Bendigamos a Dios que nos ha dado el recuerdo, que ha puesto en nuestro corazón la facultad maravillosa de evocación, aquel poder de revivir el pasado, a veces mejor que el presente. ¿Por qué diría el Dante que no hay mayor tristeza que recordar un tiempo feliz en los días de dolor y angustia? Si un recuerdo feliz puede suavizar muchas penas; y muchos desgraciados ahuyentan la sombra del pesar evocando alegrías pasadas.

El olvido es lo más triste de todo. Los muertos olvidados parecen todavía más muertos y una tumba abandonada es doblemente digna de compasión. ¿Por qué es tan dolorosa una separación? Por el olvido; una de las debilidades del corazón es olvidar y con la ausencia se esfuman en la memoria figuras y visiones.

¡Felices aquellos que poseen más intensamente la facultad del recuerdo! Eternizan sus momentos de dicha y no mueren para ellos las dulces horas claras, esos instantes en que el corazón gustó un poco de la felicidad del cielo.

Pero también sufren más, porque el recuerdo de los días tristes sigue punzándoles y sus lágrimas les dejaron un sabor de amargura que todavía sienten... Los perfumes, la música—lo habréis observado—tienen una gran fuerza evocadora y un leve aroma; los primeros compases de una melodía, nos hacen ver escenas enteras de nuestra vida, nos recuerdan detalles que parecían completamente olvidados, pero que reviven a su conjuro.

El recuerdo tiene parte importantísima en el amor y a la dulce interrogación «¿me amas?» sigue un inquieto «¿no me olvidarás nunca?» Y muchas veces la evocación de los días pasados, un «¿te acuerdas?» hace revivir un fuego próximo a consumirse.

Hay recuerdos que amamos y acariciamos, recuerdos que son—según dijo un poeta—como un libro predilecto que sin cesar hojeamos.

Repertorio Americano

Antología de la prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por
GARCÍA MONGE Y CÍA.,
EDITORES
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-40
La serie trimestral (9 entregas), pagada por anticipado y solicitada a la Administración	3-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0 15 oro am.
La serie anual (36 entregas)	5-00 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "